PASEO POR LAS CALLES.

I.

Nada hay más natural en un forastero que la curiosidad de reconocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza ó mezquindez de tal pueblo.

Aventurado por cierto sería aquel juicio, aplicable á nuestro Madrid, pues que variaria absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la poblacion por su parte más antigua y escabrosa, atravesando su escaso rio sobre el magnífico puente á que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, en solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apénas encontraria diferencia notable con sus tétricas ciudades, si la presencia del Palacio Real á su izquierda no le hubiera dado de antemano á conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodía, abrazando con su vista toda la pobla-

cion por su parte más vital y variada. Los suntuosos edificios del Seminario, cuartel de Guardias y Real Palacio á la izquierda; la Fábrica de tabacos, el Hospital general y el Observatorio á su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente; intermediado todo por variados edificios, numerosas torres, extensos grupos de casas, de distintas formas, y revelando, por decirlo así, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del Gobierno, presta por este lado á Madrid su vista más completa é interesante.—Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando á la capital por la soberbia puerta de Alcalá ó la de Atocha, formarán una idea áun más risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán á nuestra villa árida y solitaria, al entrar por las puertas de San Fernando ó de Fuencarral.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer á un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir á una altura céntrica y elevacion correspondiente para medir y conocer á vista pájaro todo el plano de la capital, sería áun más difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo el plano y conocer á un golpe de vista las várias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura, puede observarse el córte de la poblacion, uno de los más cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales del centro

comun, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Así que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Jerónimo y Atocha; de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N.; de la Mayor al O., y de las Carretas, Concepcion Jerónima y Toledo al S., llega á ser fácil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde.—La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano á estos puntos capitales, que en la mayor extension del radio se modifican y cruzan por otros más subalternos y parciales, como las calles Ancha de San Bernardo, Jacometrezo, Correderas y otras. Por lo demas, en cuanto á la belleza del aspecto general, menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresion será, sin embargo, modificada cuando, descendiendo á las calles, hiera la vista del observador la espaciosidad y desahogo de éstas, la regularidad bastante general de su alineacion, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de órden y simetría, llevan la ventaja de entretener agradablemente la vista, alterando á cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado; y las numerosas y contínuas que hace veinte años experimenta, revelan, por decirlo así, el grado de belleza á que áun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles; cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando á

las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canalones; cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entónces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situacion local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con más justicia los dictados, que áun los mismos extranjeros la prodigan, de la *villa blanca*, la *villa jóven del Mediodía*.

Mas si, prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres; los órdenes arquitectónicos por el órden de la sociedad; el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¡qué escena tan vária! ¡qué espectáculo tan animado no podriamos presentar á nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento; pero no podemos resistir á la tentacion de emprenderlo. No nos propondrémos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demas circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogerémos cualquier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos hallamos : procederémos libremente y como al acaso, dejarémos vagar á nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciarémos á todas las unidades conocidas; y tanto más románticos serémos, cuanto ménos pensemos en lo que vamos á escribir.

II.

Ningun momento del dia nos parece más oportuno para sorprender á los madrileños en el espectáculo de su vida

exterior que aquellas apacibles horas que, aproximando el dia á la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos vienen á mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar las apetecidas brisas de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones.—No haya miedo el cojuelo Asmodeo, ni su licenciado don Cleofas, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas y reconocer lo que pasa en las buhardillas: por la ocasion presente dejémosles á los ladrones y enamorados (que tambien suelen aprovecharse á tales horas de aquel abandono), y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de Nuestra Señora del buen Suceso ha dado las seis; la animacion y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto á renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo á la cabeza y su garrafa á la espalda, cruza pregonando « *Gúa é sebá fria*..... » Otros escogen en el cesto de aquella desenfadada manola tres ó cuatro naranjas para remojar la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disparadas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentan con un vaso de agua pura, que les ofrece en eco lastimero el asturiano por dos maravedís.—En tanto los muchachos, que á la primera campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, ó atan disimuladamente á la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar á andar el carruaje rueda por el suelo, con

notable provecho de la alegre comparsa; ó bien tratan de engañar á un barquillero, distrayéndole para que no mire al juego, ó ya disparan sendas carretillas de pólvora á los perros y á los que no lo son.

A semejantes horas todavía no se siente circular más carruajes que los del riego ó los bombés *facultativos*, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí á un rato han de conducir al Prado á la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aún y abiertos de par en par, no reciben todavía más que uno ú otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro miéntras ojea la *Gaceta*, ó un quidam que entra mirando al reloj, espera á un amigo que viene de allí á un rato, y juntos parten á paseo.

«*De la lotería-aaaao-chavó-A-ocharito los fijos—¿Una calesa, mi amo?—De la fuente la traigo, ¿quién la bebe?—Señores, á un lao, chas.—El papel que acaba de salir ahora nuevo.—Cartas de pega.—Orchateró.*»

Crece la animacion por instantes; el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los ligeros tílburis, las damas y galanes á caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen á los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles y presencian á pié firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitacion es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observándose el reflujo de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interes, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo más elegante y bullicioso de nuestra poblacion; cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruajes ofuscan los sentidos y tienden un denso velo, que nos impide ver á cuatro pasos, salvémonos de este laberinto, y trasladémonos, por ejemplo, á la calle Ancha de San Bernardo ó á la de Hortaleza, á la de San Mateo ó á la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles apénas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente á la puerta de Santa Bárbara ó San Bernardino con objeto de llegar al obelisco ó á la cuesta de Areneros; tal cual corro de dilettantis de blusa á la puerta de una taberna, saboreando el compas de la tirolesa de *Guillermo Tell*, tocada por el organillo del ciego; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia ó batallon pasando la lista al són de sinfonías y *cavaletas;* hé aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel elásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el más indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun balcon donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcon, está mejor dirigida que lo que aparenta; jamas ningun marinero manejó con tal destreza la vela de su bajel como la personita escondida bajo de ella hace servir á su gusto á la oficiosa cortina.

Pero vedla que la descorre de pronto, que deja el asien-

to, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la esbeltez y primor de su figura. ¿Y habrá todavía quien hable contra nuestros balcones?.....

Lindo pié, encerrado sin violencia en un gracioso zapatito; limpio y elegante vestido de muselina, primorosamente sencillo, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recogido á la garganta; gracioso rodete á la parte baja de la cabeza, á semejanza de la Vénus de Médicis; dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada mejilla, y diestramente combinados con unos lazos azules, que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon.—Mas ¿por qué no lo hizo ántes? ¿Por qué tan precipitadamente ahora?—El por qué, señores mios, yo me lo sé, pero no sé cómo contárselo á ustedes.

—«Mariquita.

—Matilde.

—¿Has visto?

—¡Qué quieres; paciencia!

—Yo no sé qué tendrán.

—Lo que es N..... estaba de guardia cerca de aquí, pero el otro.....

—El otro..... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de.....

—No lo creas..... puede que haya pasado..... Pero, mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina?

—¡Qué! Pero sí..... no, no son..... ¿á ver? saca el pañuelo.

—Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo; mira cómo se rien.

—Sí, ellos son..... ¡Ay, qué vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.

—¿Pues qué?.....

—¡Que no son ellos!.....

—«Bravo, señoritas, lindamente», gritaban en esto dos caballeros de gentil aspecto, que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.

—¿Qué te parece, Cárlos? ¡hemos quedado lucidos!

—¿Qué harémos?

—Yo sería de opinion de desafiar á aquellos dos.

—Yo de matarlas á ellas.

—Hombre, no; en tal caso, matarnos nosotros es más noble.

—Mira, lo mejor será que todos vivamos y nos venguemos marchándonos al Prado.

—No dices mal.»

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha; las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y Lavapiés no ceden á tales horas en movimiento á las más animadas de Lóndres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces, que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la Caña; los alegres muchachos que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las Viñas ó del perro que salta al monótono són de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la Fábrica, que al anochecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida..... ¡Qué confusion, qué bullicio por todas partes!

Tambien el amor embellece este animado cuadro.

Sigamos, por ejemplo, á algunas de esas parejas; veré-mosla dar fondo en cualquiera de las innumerables taber-nas que ostentan al paso sus variadas provisiones de ba-calao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galan que dejó su tienda armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. Mas ¿por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la Plaza? ¡Cosa clara! ¿No habeis reparado en aquella tienda de cordone-ro de la calle de las Maldonadas? ¿No le habeis visto pa-rarse delante de ella, dudar un rato mirando por las vi-drieras, dejar el fusil apoyado en ellas miéntras encendia un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma?—¿Qué fué ello?—Nada; repa-rad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con lige-reza; apostaria á que la niña ha burlado las precaucio-nes de un padre tirano; el fusil encierra el misterio del amor. Jamas parte de una victoria fué conducido con más alegría.

Pero ya la campana de San Millan ó San Cayetano lla-ma á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados ca-lesines abandonan el puesto, y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este es-pectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderé; el que intentaba dibujar por hoy concluye aquí.

(Julio de 1835.)

EL PATIO DE CORREOS.

Madrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las várias necesidades de la vida, el comer-cio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del Reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo ménos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista, como en una linterna mágica, todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del Reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su animacion y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al diri-girse á Madrid, y no sería extraño el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los An-des ó en las heladas márgenes del Newa se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol.»—Pero áun hay den-tro de ella misma otro punto central, que por esta razon,

y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el foco de sus rayos. Tal es el *patio de Correos*, y para hablar de él tomamos por hoy la vénia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un sér indiferente ó desdeñoso, al paso que logre excitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este capítulo no encontrará el asunto sobradamente interesante.—¡El patio de Correos!..... ¿y qué hay en el patio de Correos?..... Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que más bien puede llamarse albergue de borrachos y descarriados; una escalera póstuma, tres ó cuatro ventanillos cerrados y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos, desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó Jordan hasta los más imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas..... De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor *Curioso*, que hoy nos muestra su linterna, harto será que no consiga excitar los bostezos del auditorio.—

—Poco á poco, señor indiferente, poco á poco; y ántes de juzgar de las cosas por su superficie, procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no dé cuatro paseos y aguarde un rato en esta galería; y si luégo de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio ó yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo ménos tan interesante como la de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza: Víctor Hugo es quien lo dice, que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos.» Vea V., si no, los nuestros en literatura.—«*Direccion de cartas*»: no haga V. caso; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre darlas direccion segura; deje V., que en acabando la guerra civil, y luégo que tengamos buenos caminos, y mejores postas, y empleados celosos, y..... otra cosa será.—No se acerque V. á leer ese cartelito «*Curacion de la vista*», no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblejona en que está impreso. — Deje á un lado el «*Manual de Madrid*», que es libro caro y puede pedirlo prestado al autor. — No haga caso del *Segur*, porque, segun va menudeando tomos á 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su *Historia Universal*, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos;—y en cuanto á aquella otra publicacion «*Mariana y Sabau*», por Dios, no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leia el poema de Florian, y preguntándola cómo concluia, respondió sinceramente: «¿En qué habia de concluir? en que *Numa* se casó con *Pompilio* y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no ménos preciosos que los impresos.

—«*El. sugueto. gue. forma. la pressente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren.*»

—«*Un sugeto de buena forma, de letra solicita entrar en casa de un Senor comerciante, ó Abogado ó Qurial; para tenedor de libros ó administrador. Sabe todo lo nece-*

sario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.»

—«*Un jóven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.*»

—«*Con permiso del casero se le traspasa á quien le convenga : una tienda sita en las cuatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.*»

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!—La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trajes y modales, acentos y áun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias; vascuence y catalan, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ánsia la inicial de su nombre, y algunos (los más) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡Qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena; otro ha pedido ligeramente una al sobre «N. Marqués», sin reparar que él no es Marqués, sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo, no sin gran remordimiento; cuál, faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería; no hagamos

caso de aquel grupo de militares en traje de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que, recostado en una columna, lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos, no nos dejarán tiempo para observar los demas; dejémosles, pues, estereotipar en sus cabezas la tal carta para irla á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el Café Nuevo y en el del Príncipe.

—Dígole á V. que yo no he sido.

—Yo sostengo que ha sido V..... ¡Infamia!..... ¡sacarle á uno las cartas del correo!

—Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa.

—Sí, que yo no sé de lo que es capaz un escribano; ¿no hizo V. lo mismo con los fólios 86 al 97 inclusive de los autos?

—Usted me insulta.

—Yo no digo más que la verdad.

—Si no mirára.....

—¿Qué?.....

(Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso era muy sencillo : dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista; antojósele saber lo que le decian, y la sacó tambien (¡malicia humana!); llegó el segundo, y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio á su antagonista, y ¡aquí fué Troya! empezó el diálogo arriba dicho, que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba, en efecto, señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era

otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército á mi mujer! ¡Si será éste el conducto por donde se envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta; pero se le responde que un chicuelo acaba de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!..... Lo demas de la escena pasaria en *familia :* no lo sabemos; sólo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias; mas los circunstantes (narices políticas, ¿qué no oleis?) repararon que el sobre no tenía sello, y que, por consecuencia, la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su mujer por precaucion, etc. Nadie le creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente, que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para zurcir este enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma!—Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caido quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

—¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? Si no tiene carta, ¿para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que, para hallar su nombre, tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa; mira alrededor como demandando auxilio; ve al del lente; éste se adelanta á ofrecer sus servicios; no hallan la carta; pero ya ellos han entablado otra correspondencia, que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de voluntad. ¡Es tan natural á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se pára sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafío; el que.....

Pero ¿adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio..... ¿Con que, no es tan indiferente? ¿con que, merece alguna atencion?..... Mas..... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado; los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1835.)